



Esta es la historia ilustrada de una de las mayores epopeyas de la Antigüedad, la conquista romana de Hispania. Marcada por continuas guerras y conjuras, la llegada de Roma a la península forjó el carácter y el destino de este territorio a lo largo de sucesivos siglos.

Javier Negrete nos introduce con su habitual maestría en una época fascinante apoyado por la reconocida ilustradora Sandra Delgado, que ha realizado treinta obras originales para plasmar la vida, la lucha y la muerte en la Hispania romana. Cartago, los pueblos íberos o las guerras civiles, se entremezclan en un relato trepidante con personajes como Escipión, Aníbal, Viriato o el gran Julio César para ofrecer al lector uno de los episodios históricos más apasionantes de nuestro pasado.

Índice de contenido

Mapas

Introducción

I. Los cartagineses en Hispania

El origen del Imperio cartaginés en Hispania

Fenicios y cartagineses en Hispania

Amílcar en Hispania

Conquistadores e imperialistas: ¿solo los romanos?

La primera embajada romana a Hispania

El final de Amílcar

Asdrúbal y Cartago Nova

El tratado del Ebro

II. Aníbal y el origen de la Segunda Guerra Púnica

El ascenso de Aníbal

Las primeras campañas de Aníbal

La cuestión de Sagunto

La declaración de guerra

III. Hispania, campo de batalla entre Roma y Cartago

El inicio de la Segunda Guerra Púnica

Los Escipiones en Hispania

Desastre en el sur

IV. La hora de Escipión

Una nueva esperanza

La campaña de Cartago Nova

El botín de Cartago Nova

La batalla de Baécula

La batalla de Ilipa

V. Los nuevos conquistadores

La represión de Escipión

Primeras revueltas contra Roma: Indíbil y Mandonio

- La última rebelión de Indíbil
- Las dos nuevas provincias
- Las campañas de Catón
- Los pactos de Sempronio
- VI. Viriato y Lusitania
 - Los lusitanos
 - Primeras campañas de Roma contra los lusitanos
 - La perfidia de Galba
 - Un líder para los lusitanos
 - La boda de Viriato
 - El auge de Viriato
 - Revuelta general
 - «Roma no paga traidores»
 - El mito de Viriato
- VII. Numancia y la Guerra Celtibérica
 - Los celtíberos
 - La cuestión de Segeda
 - El elefante de Nobílior
 - La guerra personal de Lúculo
 - El sitio de Intercacia
 - La guerra se reanuda
 - La humillación de Mancino
 - La hora de Escipión Emiliano
 - El último asedio
- VIII. Las campañas de Junio Bruto
 - Más allá del Río del Olvido
- IX. Hispania entre Numancia y las guerras civiles
 - Medio siglo de oscuridad
- X. La guerra de Sertorio
 - El superviviente de Arausio
 - Las vicisitudes de Sertorio

Un líder para los hispanos
La llegada de Metelo
La estrella de Sertorio en ascenso
Pompeyo entra en escena
La batalla de Lauro
Las tornas empiezan a cambiar
El declive de Sertorio

XI. César en Hispania

Las magistraturas de César en Hispania
El origen de la guerra civil
La batalla de Ilerda
La batalla de Munda

XII. Cántabros y Astures: La campaña final

El ascenso de Octavio
Las guerras cántabras

Epílogo

Sobre el autor

Introducción

En el verano del año 218 antes de Cristo^[1] una flota arribó a la ciudad de Emporión (Ampurias), en la actual provincia de Gerona. Venía costeando desde la desembocadura del Ródano y estaba compuesta por trirremes y quinquerremes, las naves de guerra de la Antigüedad: unos barcos alargados como gigantescas piraguas, con las proas reforzadas por espolones de bronce que servían para abrir boquetes en las naves enemigas. Viajaban a vela cuando el tiempo era favorable y a fuerza de remo las más de las veces. Los acompañaban también decenas de barcos de transporte, cargueros panzudos propulsados por la fuerza del viento.

Pero lo más importante no era la flota en sí, sino el cargamento que transportaba.

Soldados romanos.

Puesto que son protagonistas importantes de esta historia —aunque no los únicos—, conviene examinar de cerca a los más de veinte mil hombres que desembarcaron en Ampurias. Se trataba de un ejército consular formado por dos legiones de ciudadanos romanos y dos *alae* o alas, unidades similares a las anteriores pero compuestas por aliados de Italia. Cada legión contaba con una pequeña fuerza de caballería y entre mil y mil doscientos vélites, soldados de infantería ligera armados con jabalinas y protegidos con pequeños escudos circulares.

El núcleo «duro» de las legiones lo constituía la infantería pesada o de línea, que constaba de tres líneas de legio-

narios. En la primera se desplegaban los soldados más jóvenes, conocidos como *astados* (*hastati*), y en la segunda los príncipes (*principes*). Unos y otros estaban dotados de un equipo similar. Como defensa, contaban con un gran escudo de forma ovalada y un blindaje corporal que variaba desde simples pectorales hasta elaboradas cotas de malla. Como armas ofensivas, tenían el famoso *pilum* —un proyectil con asta de madera y una larga vara de hierro rematada en punta piramidal— y el *gladius* o espada recta, que empezó siendo corta, pero aumentó su longitud durante la época que nos ocupa. Precisamente se conoció a esta arma como *hispaniensis* por la influencia en ella de los diseños hispanos.

Detrás de estas dos líneas se desplegaba una tercera de veteranos, los *triarios* (*triarii*), que en lugar del *pilum* empuñaban una lanza no arrojadiza al estilo más tradicional de las falanges griegas. En teoría, sumando unos y otros, una legión con sus efectivos completos contaba con mil doscientos *astados*, otros tantos príncipes y seiscientos *triarios*, para un total de cuatro mil quinientos combatientes entre infantería pesada, ligera y caballería.

Las tres líneas se subdividían en unidades menores, *manípulos* y *centurias*, sumamente manejables. Contaban asimismo con un sistema de relevos muy entrenado que permitía descansar a los legionarios y enviar tropas de refresco a la primera línea de batalla. Añadamos a eso los *estandar-tes*, signos sagrados que servían para que cada soldado reconociera su puesto en la batalla y también para alimentar el espíritu de cuerpo; un cuadro de mandos muy estructurado que mantenía una disciplina férrea; y un armamento más homogéneo y de mayor calidad que el de otros ejércitos. Todo ello componía la máquina de guerra que había derrotado al gran Pirro, rey del Epiro, y a la poderosa Cartago en la Primera Guerra Púnica. Una máquina que, después de largos siglos de luchas en Italia, empezaba a expandirse

fuera de su península: primero en Sicilia, y después en Córcega y Cerdeña.

Y en 218, nuestra península. En aquel año las botas claveteadas de los legionarios, las célebres caligas, pisaron por primera vez el territorio que ellos conocían como Hispania.



Evolución de la panoplia romana desde el siglo III a. C. (arriba a la izquierda) hasta las guerras cántabras (27-19 a. C.).

Las caligas romanas seguirían pisando estas tierras más de seis siglos. Durante ese largo periodo los soldados —y también los contingentes posteriores de colonos, mercaderes, funcionarios e ingenieros que los siguieron— fundaron ciudades, extendieron el uso de su idioma, el latín, y cons-

truyeron calzadas, acueductos, templos, baños públicos, teatros y anfiteatros.

Los romanos no eran precisamente una ONG benéfica. También masacraron, robaron y extorsionaron. Incluso destruyeron montañas enteras con tal de arrancarle a la tierra sus tesoros, como en las Médulas. Juzgar hoy día si su presencia fue positiva o no resulta complicado: tendríamos que saber qué habría ocurrido si los romanos no hubiesen conquistado Hispania. ¿Se habría convertido en provincia de Cartago? ¿La cultura ibérica habría evolucionado hasta crear su propio Estado? Imposible saberlo.

Este libro no pretende ser un juicio, sino un relato. El relato de cómo los romanos conquistaron Hispania; o las Hispanias, ya que dividieron la península en varias provincias para administrarla y explotarla mejor.

Pero las historias rara vez empiezan por lo que parece ser su principio. En el caso de esta, para comprender qué trajo a los romanos al país que ellos conocían como Hispania y los griegos como Iberia, tenemos que retroceder casi veinte años.



LOS CARTAGINESES EN HISPA- NIA

El origen del Imperio cartaginés en Hispania

En el año 237, en la ciudad de Cartago, situada en el actual país de Túnez, el general Amílcar Barca recibió de su Senado, el *adirim*, el mando de una poderosa expedición militar. Su objetivo: el sur de la Península Ibérica.

Una península a la que no está demasiado claro cómo llamaban los cartagineses, puesto que apenas nos han llegado textos escritos por ellos. Conforme a la teoría más extendida, se referían a ella como *Ishephanim*, «costa de los conejos», por la abundancia de este animal. Hay que precisar que la palabra usada por ellos —si es que la usaban— se habría referido al damán, un roedor típico de Fenicia, que era lo más parecido que ellos conocían a un conejo. Según otra hipótesis, la habrían llamado *Ispanya*, que podría significar o bien «tierra del norte» o bien «costa de los metales».

Más tarde, los romanos adoptaron de oído uno de estos dos nombres, o incluso alguna otra variante local, y lo convirtieron en Hispania, término que sí que está de sobra atestiguado. Hispania, por evolución fonética del castellano, se convirtió en el nombre actual de España. En este libro, por comodidad, utilizaré el nombre de Hispania y el gentilicio «hispano» incluso cuando hable desde el punto de vista griego o cartaginés. En un contexto puramente griego sería más correcto el uso de Iberia, pero como digo me limitaré al término Hispania por evitar confusiones.

Volvamos a los cartagineses, también conocidos como púnicos. ¿Qué se les había perdido en Hispania?

De pérdidas precisamente se trataba, y de cómo compensarlas.

Entre los años 264 y 241, cartagineses y romanos se habían enfrentado en la Primera Guerra Púnica. El conflicto resultó extremadamente cruento: Roma perdió setecientos barcos de guerra y al menos doscientos cincuenta mil combatientes, y las bajas de Cartago debieron de ser similares.

La diferencia entre ambas potencias estribaba en que Roma parecía capaz de sobreponerse a los desastres reclutando ejércitos y construyendo flotas sin cesar. En cambio, los cartagineses acusaban más que sus adversarios cada golpe que recibían. Al final, tras sufrir una desastrosa derrota en la batalla naval de las islas Égates, perdieron la voluntad de seguir luchando. Como resultado, en 241 le entregaron al general Amílcar Barca plenos poderes para negociar la paz.

En su idioma, el nombre de este personaje era *hmlqrt Brq* (los cartagineses, como los demás semitas, omitían las vocales al escribir). El primer nombre, «hermano de Melkart», era muy frecuente entre los cartagineses. El segundo es un epíteto que significa «relámpago»; probablemente se debía a los ataques sorpresa que Amílcar y sus tropas lanzaban contra los romanos desde su base montañosa en Hercte (Sicilia). Del mismo modo que se heredaban los nombres honoríficos ganados por los generales romanos tras sus victorias, los *cognomina ex virtute* (Africano, Macedónico, Británico, etc.), el epíteto de Amílcar se transmitió a sus descendientes, conocidos como los Bárquidas o Bárcidas.

Amílcar, que al final de la guerra tenía poco más de treinta años, era reacio a rendirse. Pero los éxitos terrestres que había cosechado en la isla de Sicilia no compensaban las derrotas navales sufridas por otros generales. No le quedó otro remedio sino obedecer la orden del *adirim* y nego-

ciar la paz con una comisión de diez enviados romanos, decenviros nombrados a tal efecto.

Las condiciones fueron duras, aunque no tanto como en otras guerras en las que Roma simplemente se anexionaba a su enemigo derrotado: a Cartago se le permitió conservar fuerzas suficientes como para mantener su independencia. No obstante, tuvo que evacuar Sicilia, isla cuya parte occidental había dominado durante más de tres siglos. También se vio obligada a devolver a Roma los prisioneros de guerra sin cobrar rescate y a pagar por recuperar a los suyos.

El tratado suponía algo más que un armisticio. Ambos estados firmaron un pacto de amistad por el que se comprometían a respetar los dominios del otro bando. Quedaba prohibido cobrar tributos en territorios ajenos, así como construir edificios públicos, reclutar mercenarios o entrar con armas en dichos territorios.

No obstante, no dejaba de ser una paz asimétrica. Cartago debía entregar a Roma en el acto una indemnización de mil talentos, más otros mil doscientos pagaderos en diez o en veinte años, según las fuentes. Eran unas cien toneladas de plata, una cifra más que respetable en una época mucho menos monetizada que la nuestra.

Sin duda, Amílcar rechinó los dientes de rabia al estampar su firma en este tratado. Estaba convencido de que, merced a su talento como estratega, podría haber derrotado a los romanos. Aquella espina clavada debió de dolerle tanto como en la Primera Guerra Mundial les dolió la rendición a los generales alemanes que querían seguir luchando; una sensación de frustración que Hitler aprovechó para alimentar el mito de la «puñalada en la espalda» y que sirvió como combustible para la Segunda Guerra Mundial.

¿Estuvo la frustración que experimentaban Amílcar y su entorno en el origen de la Segunda Guerra Púnica? Es más que posible, aunque evidentemente no fue la única causa.

Apenas terminada la guerra, de regreso en África, muchos de los mercenarios que habían servido con Amílcar se

rebelaron contra Cartago reclamando pagas atrasadas. Aquel conflicto, conocido como la Guerra sin Tregua, fue tan sangriento y cruel que escandalizó a los historiadores de la Antigüedad.

No hablamos de personas criadas con *Bambi* de Walt Disney, sino de gente acostumbrada a vivir en un mundo infinitamente más duro y despiadado que el nuestro. Sin embargo, al narrar cómo los mercenarios rebeldes ejecutaron a setecientos prisioneros cartagineses cortándoles manos, narices, orejas y genitales, quebrándoles las piernas y arrojándolos a morir a una fosa, el historiador Polibio no pudo evitar comentar: «A veces nacen en las almas podredumbres y gangrenas tales que logran que entre los seres vivos no haya ninguno más impío ni más cruel que el ser humano» (1.81.7).

El ejército mercenario llegó a contar con cincuenta mil soldados y puso en peligro la mismísima supervivencia de Cartago. Esta recurrió de nuevo a Amílcar, que se enfrentó contra los rebeldes reclutando tropas entre los ciudadanos cartagineses. A pesar de hallarse en inferioridad numérica, el gran general púnico consiguió derrotarlos a fuerza de talento, disciplina, astucia y algo de suerte.

Pese a que Cartago había sobrevivido a esta crisis, todavía le esperaban nuevos sinsabores. Otra revuelta de mercenarios, esta vez en Cerdeña, provocó la intervención de los romanos en el año 239. Sin entrar en más detalles, Roma arrebató a Cartago de forma tramposa sus posesiones en Cerdeña y Córcega, pese a que estas islas no entraban en el tratado de paz.

Si existía alguna posibilidad de que el pacto firmado tras la guerra diera origen a una verdadera amistad entre ambas potencias, lo ocurrido en Cerdeña la abortó. Esta crisis no solo agravó la desconfianza entre púnicos y romanos, sino que decidió el destino posterior de Hispania.



¿Qué hizo que los cartagineses, probablemente incitados por Amílcar Barca, se lanzaran a conquistar un imperio en nuestra península, que en aquella época se hallaba en el extremo más alejado del mundo civilizado? Seguramente reflexionaron sobre por qué habían perdido la guerra contra Roma, y también acerca de los motivos que habían provocado las revueltas de sus mercenarios.

Roma había combatido en la Primera Guerra Púnica basándose en los recursos de Italia, tanto en los económicos como, sobre todo, en los humanos. Entre ciudadanos y aliados, la base de reclutamiento posible de la República se elevaba a unos setecientos cincuenta mil hombres. La razón principal de tal abundancia es que Roma era mucho más generosa con los derechos de ciudadanía que otros estados de la Antigüedad.

Obviamente, esos setecientos cincuenta mil reclutas potenciales no entraron jamás en combate de forma simultánea. Eso habría supuesto abandonar las tierras de cultivo y, además, habría resultado imposible alimentar y equipar a tantas tropas. Pero esa base, ese poder humano o *manpower*, significaba que Roma podía recuperarse de sus derrotas, por terribles que fuesen, en muy poco tiempo.

El poderío militar cartaginés, en cambio, dependía en gran proporción del uso de mercenarios. Tal como había descubierto el gran general Pirro en su guerra contra los romanos (guerra que perdió pese a vencerlos en dos batallas), los mercenarios resultaban caros de mantener y difíciles de reemplazar. Además eran poco fiables, podría haber añadido el propio Amílcar, que se había visto obligado a combatir contra muchos de los soldados de fortuna que habían servido bajo sus órdenes.